

Professor Balsdon: de la renovación crítica a la nostalgia post-imperialista³⁰

Juan Pablo Alfaro
Universidad Católica Argentina

Introducción

Sin lugar a dudas, los ejemplos del pasado ayudan a las sociedades del presente a representarse a sí mismas. En particular, esta situación aparece cuando un proceso novedoso se encuentra en marcha. La formación y consolidación del denominado *Segundo Imperio Británico* durante la segunda mitad del siglo XIX fue un fenómeno de este tipo para la sociedad inglesa. En tanto novedad, es evidente que tal acontecimiento provocó diversas tensiones. Si tenemos en cuenta el impacto del liberalismo en la clase dirigente inglesa, la causa imperialista resultaba cuanto menos polémica y difícil de justificar. Por esta razón, frente a la perplejidad de “lo nuevo”, dentro de la dirigencia británica se recurrió a modelos alternativos del pasado para que, en alguna medida, sirvieran de plataforma explicativa del imperialismo en ascenso.

30 | Quedo agradecido con Agustín Moreno y Álvaro M. Moreno Leoni por sus perspicaces y útiles comentarios realizados a este trabajo. Asimismo, se aclara que cualquier imprecisión que pudiera hallarse en estas líneas corre por la exclusiva responsabilidad del autor.

En tal contexto, el imperio romano sirvió de *exemplum*. Interpelando el pasado romano, el colonialismo aparecía como “necesario” para el sector dirigente pro imperialista. Esta “necesidad” se basaba en una serie de valores y prejuicios que eran propios de toda la intelectualidad del período: la idea de un mundo dividido binariamente entre “civilización” y “barbarie” y la noción de una superioridad “racial” y “cultural” del europeo blanco occidental sobre el asiático o africano. En este contexto ideológico, la apuesta por el imperialismo fue acompañada de una noción “paternalista”: introducirlos en la “superior” cultura occidental, de la misma manera que Roma había hecho con la romanización de las poblaciones bajo su dominio. Pero al mismo tiempo que el imperio romano servía como medio de auto-representación de la élite dirigente británica, el ascenso del propio imperio británico afectaba la noción del imperio romano como acontecimiento histórico para varias generaciones de ingleses.

Las diversas inquietudes que tal paralelismo suscitaba tuvieron en Oxford un escenario singular. Sobre todo, a partir del debate que generó, en el último cuarto del siglo XIX, una tendencia educativa que pretendió hacer de esta universidad el semillero de funcionarios para los puestos civiles de la administración imperial. En este período, varios graduados de Oxford dieron forma a un grupo de jóvenes que, en torno a la figura del *British High Commissioner*, Lord Alfred Milner, tuvieron este destino. Estos jóvenes “llevaban consigo la creencia fundamental, compartida por la mayoría de sus contemporáneos de Oxford, sobre la inherente superioridad de la Civilización Británica y el deber británico de llevar las formas de la civilización a lo largo del mundo” (Symonds, 1986: 76, *apud*

Freeman, 1996: 27).³¹ Para estos *civil servants*, aquel “paralelo” con la “misión” del imperio romano fue una parte inherente de su constelación ideológica.³²

Pero en simultáneo al ascenso del imperialismo británico, otra tendencia comenzaba a aparecer en un plano distinto. En el universo académico en general, y en el campo historiográfico en particular, el cambio de siglo significó un avance fundamental en la preceptiva metodológica de la que la escuela inglesa se hizo un fuerte eco. Por supuesto, esto impactó entre los especialistas de la Antigüedad clásica, donde aparece una renovada corriente intelectual que se caracterizaría por un salto cualitativo de la crítica hermenéutica de las fuentes grecolatinas. Entrado el siglo XX, esta renovación daría lugar a una revisión del período “Temprano Imperial” (*Early Empire*) que se ajustaría a criterios metodológicos, fundamentalmente hermenéuticos, más severos.

Como sea, tanto en un caso como en otro, resulta evidente

31 | Graduado de Oxford, prominente funcionario colonial y ligado al partido conservador, Alfred Milner (1854-1925) promovió en los primeros años del siglo XX el reclutamiento de un grupo de jóvenes graduados de su *alma mater* para formar una generación de administradores imperiales a la que informalmente se llamaba “*Milner’s Kindergarten*”. Entre ellos, se encontraban Sir Patrick Duncan (Gobernador de Sudáfrica), Lord Tweedsmuir (Gobernador de Canadá), Sir George Fiddes (Subsecretario de Estado de las colonias) y los historiadores Basil Williams, Hugh Wyndham, entre otros.

32 | Retomamos aquí el concepto de “ideología” esbozado por Moses Finley (1986: 171 y ss.) como “complejo entero de creencias y actitudes”. Esta definición se podría complementar con la idea desarrollada en los años ’60 por Adorno y Horkheimer (1969: 191), según la cual la ideología es “justificación” de una realidad o situación determinada. Mientras que la primera noción podríamos asociarla a una de las nociones «positivas» brindada por Osvaldo Guariglia (1986: 16): “(Ia) sistema coherente de ideas o representaciones mentales de la realidad empírica cuya coherencia proviene de su adscripción a una moral rigurosa, basada en principios moralmente válidos”, la segunda podemos supeditarla a una de las acepciones «negativas»: “(IIb) concepción parcial y defectuosa de la realidad que encubre un interés”. Aquí utilizaremos una u otra noción según el caso.

que la realidad política del imperio británico significaba una sombra bajo la cual se diseñaron diversas posturas sobre la realidad del imperio romano. Ningún oxoniense de la época victoriana-eduardiana podría haberse emancipado de tal contexto. Como veremos, John Percy Vivian Dacre Balsdon (1901-1977), historiador especialista en temas romano-imperiales, aparece como un singular epílogo de esta concepción transgeneracional. Al desarrollar su vida académica entre el medio siglo que transcurre desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la Descolonización, Balsdon transitó una de las más radicales transformaciones intelectuales y académicas (y sociales) de la historia de su universidad. Ahora bien, si tomamos su obra como un testimonio de la cosmovisión de aquella generación oxoniense, la pregunta fundamental que aquí se nos plantea es: ¿cómo ha reaccionado frente a esos estímulos su influyente producción académica? ¿Qué idea fuerza nos han transmitido como resultado?

El imperialismo británico, el romano y la “misión civilizadora”. Un paralelo

Hasta finales del siglo XVIII, la enseñanza y el interés por los estudios clásicos en Inglaterra estaba centrado en el mundo de la polis griega y el período de la Roma republicana, que eran temas cercanos al debate sobre los sistemas constitucionales que preocupaban a la élite de ese tiempo. Como ya hemos mencionado, hacia fines del siglo XIX se conformó, en el seno de Oxford, un núcleo de graduados destinados al servicio en las nuevas y más remotas colonias del imperio británico.

Imbuidos por la noción de superioridad de la civilización británica y su misión de llevarla al mundo, este sector dio forma a un renovado “espíritu oxoniense” gracias al cual el interés por la Roma imperial comenzó a prevalecer en la medida en que las necesidades británicas se hacían, cada vez más, necesidades imperiales (Freeman, 1996: 27).

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, la élite funcionarial y académica del período victoriano-eduardiano se vio empujada a configurar una ideología compatible con la nueva realidad del colonialismo británico. Con este objeto, habrían utilizado “activamente” al imperio romano para identificar sus aspiraciones y definir sus propósitos:

Entre 1900 y la Primera Guerra Mundial tanto [el Vizconde, James] Bryce, como el diplomático Sir Charles Lucas dedicaron libros enteros a explorar las similitudes y diferencias entre los Imperios Romano y Británico, mientras que la tesis de [el embajador, Lord] Cromer en su *Ancient and Modern Imperialism* era que la comparación debía ser siempre con Roma ya que “la idea imperial era extraña a la mentalidad griega”. (Jenkyns, 1980: 333, *apud* Freeman, 1996: 23).³³

33 | Fue una característica propia de la sociedad intelectual victoriana y eduardiana “utilizar al mundo de la Antigüedad Clásica para fortalecer la auto confianza contemporánea” (Freeman, 1996: 22). La asociación con Roma que exponen los textos de individuos como Lord Cromer y J. G. Stobart (entre 1899-1914), se debe fundamentalmente a la formación clásica en el sistema educativo victoriano (Hingley, 1996: 37). Si bien estos textos no tuvieron gran impacto en el campo historiográfico, o al menos no promovieron ningún debate disciplinar, representan en gran medida la cosmovisión de más de una generación.

Desde una perspectiva postcolonial, Richard Hingley destaca particularmente el desarrollo de un “paralelismo” entre Roma y Gran Bretaña como instrumento intelectual de legitimación imperialista. Para la élite eduardiana, el imperio romano se convirtió en un recurrente punto de referencia de su propia situación política hegemónica y, en gran medida, uno podría decir que buscaron en Roma el significado imperial británico. Por supuesto, dentro de un marco colonialista, la propia realidad imperial británica inclinó a los autores eduardianos a observar el imperialismo romano en términos positivos. Y a considerar el proceso de “romanización”, por lo tanto, como un proceso de “iluminación” sobre el conquistado, gracias al cual todos los habitantes del imperio tenían interés en sostenerlo (Hingley, 1996: 35-41).

Por su parte, Philip Freeman sostiene que si bien la interpretación histórica de una generación puede estar sujeta a una visión general de la época, también puede estarlo a una posición metodológica prevaleciente. El análisis del carácter de aquellos que establecieron aquel “paralelismo” en la era victoriana-eduardiana, nos permitiría concluir que no eran propiamente historiadores académicos, sino más bien funcionarios y diplomáticos del imperio que escribían sobre historia. En gran medida, eran el resultado de aquella formación más “utilitarista” que se impregnó en Oxford hacia mediados del siglo XIX con el fin de crear oficiales para puestos coloniales. No obstante ello, alerta Freeman, muchos académicos que enseñaban e investigaban en Oxford (y en otras universidades británicas), no se vieron “contaminados” por aquella tendencia. De hecho,

estos fueron más bien reacios a establecer paralelos (Freeman, 1996: 23-7).³⁴

Una figura clave en este punto es la del arqueólogo Francis Haverfield. Sin dudas, puede referírsele como uno de los más importantes especialistas en el mundo romano y claro representante del *establishment* intelectual de su tiempo.³⁵ Su pensamiento parece encontrarse en una posición yuxtapuesta entre ambas tendencias. Debido a una sugerente opinión suya en un discurso inaugural para la primera reunión de la *Roman Society* en 1911, varios teóricos post-colonialistas lo “acusar” de haber sido un “promotor” del imperio británico:

Los métodos por los cuales Roma incorporó y desnacionalizó y asimiló más de la mitad de sus amplios dominios, y su éxito, tal vez no intencionado, pero completo, en difundir la cultura greco-romana sobre más de un tercio de Europa y parte de África, concierne de muchas formas a nuestra propia era e imperio.³⁶

Pero en este punto, Freeman critica a aquellos que, como Hingley, quieren ver aquí una suerte de mero “propagandista” del imperialismo. Tomado en su conjunto, aclara, en el trabajo académico de Haverfield es difícil discernir agenda política

34 | Tal es el caso de historiadores como Greenidge, Rice Holmes, Pelham, o Warde Fowler.

35 | Nombrado *Camden Professor of Ancient History* en 1907, su obra *The Romanization of Roman Britain* (1905) fue, sin dudas, el punto de partida de muchas investigaciones relativas a la temática. Entre sus discípulos cabe mencionar a Thomas Ashby y Robin Collingwood.

36 | Citado en Freeman (1996: 30).

alguna (Freeman, 1996: 30). De hecho, Haverfield (1915: 10-1) ha buscado establecer una clara diferenciación entre el caso romano y su propia época. Una diferencia que se basa en la idea de paz y defensa militar:

El hecho [el proceso de civilización romana] tiene una importancia tal que incluso hoy en día podríamos fácilmente extrañarlo. No parece que nación moderna alguna pueda próximamente ubicarse en un lugar similar al que Roma tenía. Nuestra civilización parece asentarse firmemente en muchas tierras; nuestro deber es antes difundirla y desarrollar sus buenas cualidades que defender sus vidas. Si la guerra la destruye en un continente, tiene otros hogares. Pero el imperio romano era el mundo civilizado; la seguridad de Roma era la seguridad de toda la civilización. (Haverfield, 1915: 11).

No obstante ello, aunque pronunciado en un ámbito menos “riguroso”, aquel discurso en la *Roman Society* existió (Haverfield, 1911: xi-xx). Y eso nos obliga, tal vez, a ubicar a un académico como Haverfield en un lugar de ambigüedad entre dos procesos simultáneos, aunque tal vez incompatibles, que tuvieron importantes consecuencias sobre la producción intelectual en general, como historiográfica en particular. Por un lado, una realidad política, el desarrollo del imperialismo británico, que provocó una serie de estímulos intelectuales, aunque multiformes, en las generaciones británicas que lo vivieron. Por otro lado, hacia fines del siglo XIX y principios del XX se estaba produciendo otra innovación que sin duda afectó

a la generación oxoniense de ese tiempo: la consolidación de la preceptiva metodológica y una renovación del espíritu crítico en la historiografía. A este movimiento corresponderían obras fundacionales como las de Mommsen y Bernstein en Alemania, Pirenne en Bélgica o el propio Bury en Inglaterra, por solo nombrar a algunos.

La renovación crítica y el “Calígula” de Balsdon

No hay duda de que el siglo XIX fue fundamental en el mejoramiento de instrumentos científicos y principios de la erudición, la proliferación de institutos de investigación, sociedades científicas, academias, museos, etc. Pero fue recién con el cambio de siglo cuando se produjo un salto cualitativo en la crítica hermenéutica. A partir de estas novedades, las primeras décadas del siglo XX significaron para la historiografía, una profunda revisión crítica de los textos antiguos, cuyas opiniones y juicios valorativos aún respiraban en los autores decimonónicos. Sería imposible soslayar aquí los importantes aportes que hicieron los descubrimientos arqueológicos, que permitieron, junto con la aplicación de una nueva crítica, ofrecer nuevos enfoques a viejos temas.

Precedido por este contexto historiográfico, en 1920 Balsdon ingresaba como *undergraduate* al Exeter College (Oxford), donde alcanzó su *fellowship* en 1927. Hasta 1969 desarrolló allí su carrera dedicada a la docencia y la historia romana.³⁷ La

37 | En Exeter llegó a ser *Senior Tutor* y *Sub-Rector*, comprometido con la gestión universitaria y los métodos de enseñanza (Brunt, 1981: 574).

generación de especialistas a la que perteneció fue una de las más prolíficas que dio la historiografía romano-imperial angloparlante. Entre sus colegas oxonienses podemos contar a Ronald Syme, Adrian Sherwin-White, Arnold Jones y, fuera de Oxford, a Martin Percival Charlesworth (Cambridge), Frank Burr Marsh y Robert Samuel Rogers (ambos norteamericanos), entre otros. Con ellos, llegaría la revisión de una etapa de la historia romana que hasta ese momento se encontraba dominada por la visión clásica: el Principado (31 a.C.-235 d.C.).

Los historiadores británicos del siglo XIX ponderaban en el imperio romano aquella imagen que trascendió a Occidente como símbolo de poder, unidad y paz. Pero al mismo tiempo, desde una moral victoriana, condenaban la naturaleza “despótica” del gobierno de los emperadores (Hingley, 1996: 35-7). Al período consignado entre las décadas de 1930 y 1940 correspondió la publicación de una serie de trabajos y biografías imperiales cuyo aporte fundamental fue una revisión de la imagen de los emperadores, en particular, de aquellos del período Julio-Claudiano. Hoy día se les critica, con justicia, que el ánimo revisionista de estos estudios terminó dando forma a una reivindicación “excesiva” de los emperadores. No obstante ello, así aparecía por primera vez en el análisis de esta temática, una crítica interna y exhaustiva de las fuentes que hizo de estos estudios el punto de partida para muchas de las posteriores interpretaciones modernas. A este período corresponden los trabajos fundacionales sobre el emperador Tiberio de Marsh (1931) y Rogers (1935a), el de A. Weigall sobre Nerón (1930) y los trabajos de Charlesworth sobre la dinastía Julio-Claudia (1933; 1935; 1939), por sólo mencionar algunos en esta tendencia.

En 1932, Balsdon calificaba la obra de Marsh, *The Reign of Tiberius*, como “un libro de indisputable valor”, con novedosas sugerencias que “merecen la atención cercana de los historiadores”. En particular, el aún joven profesor apreciaba en este trabajo una serie de puntos que iban de la mano con una nueva forma de enfocar e interpretar el Alto Imperio: 1) Su crítica de las fuentes a partir del contexto político del autor; 2) El rastreo y posible rol de las “fuentes de nuestras fuentes”; 3) Los nuevos enfoques derivados del uso de nuevos tipos de evidencia primaria como los *Fasti* Consulares; 4) La re-evaluación del rol del emperador a partir del contexto socio-político que lo circundaba (Balsdon, 1932: 241-3).

La ponderación metodológica que Balsdon hacía de este volumen anticipaba el curso de acción de su propio estudio, *The Emperor Gaius*, dos años después. Calificado por sus contemporáneos como un “bienvenido aporte a la literatura del Temprano Imperio” (Rogers, 1935b: 410-2), el trabajo de Balsdon terminó constituyéndose en un hito de “aquella re-evaluación del Temprano Imperio que ha tenido lugar en las últimas dos generaciones” (Mattingly, 1935: 146-7). En este sentido, esta biografía de Calígula acompañaba plenamente, tanto en lo metodológico por su perspectiva, como en lo sociológico por su pertenencia generacional, la renovación crítica sobre el período imperial.

En su análisis de los relatos de ciertos eventos de este principado se pueden apreciar los resultados de la aplicación de los nuevos métodos. Especialmente, Balsdon se detiene en los testimonios de Suetonio (*Cal.* 43-46) y Dion Casio (59.21.2-25.3) sobre la campaña de Cayo en Galia y Germania (años

sept./oct. 39 - jul./ago. 40). Sobre estos pasajes, nuestro autor advierte la falta de coherencia interna, la abundancia de omisiones e improbabilidades que atestiguan. Con aguda intuición crítica, destaca una serie de factores que podrían dar lugar a estas inconsistencias. Por un lado, la simultaneidad temporal con el descubrimiento de aquella gran conspiración en el verano del 39 contra la vida del emperador y que nuestras fuentes deliberadamente intentan opacar.³⁸ Por otro lado, la intención de convertir esta política exterior en un “absurdo”, habría resultado provechoso para dar color a una noción ya cristalizada en el pensamiento político romano: la del *typical tyrant*.³⁹ Con gran perspicacia, Balsdon compara esta actitud semántica con las historias relativas a la campaña militar en el norte del emperador Domiciano que dan forma a una “semblanza similar”⁴⁰:

En el caso de Domiciano, los arqueólogos han demostrado que estas historias no toman en cuenta el

38 | Si bien Suetonio comunica aquí la «traición» (*insidia*) de Lépido (*Cal.* 24.5), la existencia de esta conspiración como tal recién la menciona en su *Vida de Claudio* (9.3: “cuando se descubrió la conjuración *-coniuratio-* de Lépido y Getúlico, fue enviado a Germania junto a otros embajadores para felicitar al emperador”). Resulta interesante, pues, que esta confirmación haya sido deliberadamente omitida, así como también el proceso consecuente, en su *Vida de Calígula*, donde sólo se dedica a alistar las víctimas tras su descubrimiento y lamentar su destino causado por la *inconstantia* y *crudelitas* del joven príncipe. Por su parte, Dion Casio hace de la conspiración una “excusa” para pasar a alistar las víctimas de los procesos consecuentes (*Dion* 59.21.4; 22.5-8).

39 | Si bien, para Charlesworth no es posible dudar de ciertos aspectos negativos, éstos se habrían desarrollado recién en el último año de su principado, tras descubrirse una serie de conspiraciones que atentaron contra su vida: “el recuerdo de esta tiranía y el odio a la tiranía en sí, fueron combinados para vestir todos los dichos y actos de Cayo con el color del «típico tirano» (*typical tyrant*)” (Charlesworth, 1933: 105-19).

40 | De la que habría participado el legado de Germania Superior, Cornelio Léntulo Getúlico, su cuñado, M. Emilio Lépido, sus hermanas y los cónsules electos, entre otros (Balsdon, 1977: 58-95).

considerable y exitoso logro del emperador. Luego de esto, los historiadores no podemos sino considerar el caso de Cayo como uno en el que también nuestras fuentes no nos presentan una historia sino una parodia. (Balsdon, 1977: 94).

De modo similar, Balsdon analiza la evidencia sobre la “crueldad” y la “locura” del joven César. Pese al lenguaje de nuestras fuentes, tras un análisis detenido de los testimonios apunta que, en concreto, “todavía nos faltan los nombres de muchas víctimas” que justifiquen la afirmación de una crueldad indignante, “especialmente cuando la existencia real de un largo número de conspiraciones contra él ha sido probada” (Balsdon, 1977: 98-100). Frente a estas evidencias resultantes de una relectura de Séneca, Suetonio y Dion Casio, Balsdon concluye una predisposición a “distorsionar y exagerar” los asuntos en orden a vilipendiar a Calígula. Y si bien acepta la existencia de un “giro autocrático”, nada nos permitiría diagnosticar su milenaria “locura” (Balsdon, 1977: 147; 212). La “tiranía” de Calígula debe circunscribirse a su relación con la aristocracia senatorial, y como resultado de factores histórico-políticos (como las conspiraciones), mas no patológicos (Balsdon, 1977: 214-8). En su comentario, sobre las fuentes (*Apéndice C*), Balsdon enfatiza que gran parte de la información de aquellos autores provenía de ciertos historiadores del siglo I (Servilio Noniano, Aufidio Baso, Séneca el Viejo, Fabio Rústico, Plinio el Viejo, Cluvio Rufo). No obstante haber perdido estas obras, la prosopografía nos permite afirmar su membrecía a la clase senatorial, de la cual debemos reconocer

su hostilidad general “contra la memoria de un emperador que los había insultado individualmente e hizo su mayor esfuerzo para reducir su prestigio corporativo en la constitución romana” (Balsdon, 1977: 222-5).

En consonancia con una renovación metodológica, este apéndice documental pone de manifiesto la suscripción de Balsdon con aquella línea filológica (*Quellenforschung*) que revisaba el testimonio de los autores antiguos a partir de su pertenencia social y política. A lo que debemos sumar, en su análisis, el contraste comparativo de testimonios, tanto entre autores como entre distintos pasajes de un mismo autor, la evidencia arqueológica y la consideración de una dimensión retórica e ideológica en escritos pretendidamente históricos. En el contexto en el que fue escrita esta biografía, uno podría sugerir que mucho tenía Balsdon de pretensión científica y menos de aquella “moral victoriana” que veía en los emperadores como Calígula déspotas degenerados. Por esta razón, *The Emperor Gaius* se constituiría en un punto de partida, una lectura obligada y un clásico entre los estudios caliguleanos. Trabajos más modernos con enfoques teóricos alternativos como el de Anthony Barrett (1989), Aloys Winterling (2003) o Sam Wilkinson (2005) tienen una importantísima deuda con esta obra primeriza. Pero, en el momento que Balsdon escribía esta nueva tesis sobre el polémico emperador, el imperio británico aún se encontraba pujante y es dudoso que alguien de su generación previera la gigantesca transformación que, con respecto a éste, iba a provocar la Segunda Guerra Mundial.

La nostalgia post-imperialista

De la misma manera que el avance del imperio británico a fines del siglo XIX dio forma a un nuevo paradigma de comprender la realidad en la élite intelectual británica, la irrupción del proceso de Descolonización provocó un movimiento similar en una dirección diferente. Y en otro contexto, nuevamente la historia antigua de Roma se postulaba como un campo de reflexión sobre el propio imperialismo. Ya retirado de la docencia, Balsdon escribía dos obras relativas a la posición imperial de Roma y su dominio sobre otros: *Rome. The Story of an Empire* (1970) y *Romans and Aliens* (1979), esta última publicada de manera póstuma. Aparte de responder a entendibles motivaciones académicas, ambos trabajos parecen canalizar ciertas ansiedades provocadas por la Descolonización y el impacto que este proceso transformador tuvo en la “vieja guardia” oxoniense durante los años ’60 y ’70.

Escrito para el público en general, antes que para especialistas, *Rome. The Story of an Empire* desliza con mayor libertad algunas ideas que nos permiten percibir más cómodamente aspectos ideológicos que afectaban la opinión del autor. En su “Introducción”, Balsdon teoriza una diferenciación esencial entre el imperialismo romano y el desplegado por las potencias europeas del siglo XIX. Esta diferencia se basa en la motivación expansionista inicial: “el imperialismo por lucro y el imperialismo del temor”.

Los imperios europeos de ultramar, que florecieron en el siglo XIX, y por lo general hoy día se han disuelto,

fueron imperios por lucro. El comercio antecedió a la bandera. Los comerciantes descubrieron en ultramar la existencia de ricas fuentes de materias primas que invitaban al tipo de explotación que sólo una civilización elevada era capaz de realizar; descubrieron asimismo grandes espacios de tierra fértil, sin cultivar o cultivada inapropiadamente, que pedían a gritos colonizadores. (Balsdon, 1970: 7).

Aquí uno puede observar que, junto a la “motivación por el lucro” se desliza una justificación económica del colonialismo. Las inagotables fuentes de materias primas sin explotar, las extensiones de tierra fértil desaprovechadas, “pedían a gritos colonizadores”. En contraposición, aparece la conceptualización de aquello sobre lo que versará la obra de Balsdon: el imperio romano. Un imperio que se diferencia del británico por su motivación, “el temor”; conquistar para no ser conquistado.⁴¹ Ello marca a su vez una diferencia en su instrumentación: lejos de aquella noción de “fideicomiso que tenía que acabar de un momento a otro” (Balsdon, 1970: 7), para Roma, “una vez

41 | “Una potencia ve en la existencia de otra, a menudo vecina, una amenaza para su existencia independiente, una amenaza que sólo puede suprimir la conquista y sumisión y que ha de suprimirse de una vez para siempre” (Balsdon, 1970: 9). “(...) la conquista fue en principio la única alternativa que les quedó a los romanos para no ser conquistados” (Balsdon, 1970: 24). Balsdon suscribe de este modo a la influyente teoría, basada en gran medida en las voces romanas, denominada “imperialismo defensivo”. Esta interpretación ha sido objeto de crítica de William V. Harris en su reconocido *War and Imperialism in the Roman Republic* (1979). A partir del análisis del proceso de expansión en los siglos III y II a.C. (en particular el capítulo 5: “Imperialismo y autodefensa”), y rescatando el testimonio de Cicerón (cf. Harris, 1989: 162), Harris afirma que “se ha exagerado de forma desmesurada el elemento defensivo en el pensamiento romano”. La única guerra del período que encajaría con esta idea fue la de Aníbal. Por lo general, la función de las guerras exteriores tenía más que ver con la amenaza sobre algún interés imperial en la frontera o redoblar el interés romano en alguna región: “una guerra contra uno u otro enemigo, con una u otra «justificación», era algo que los romanos esperaban y deseaban casi todos los años” (Harris, 1989: 248-9).

conquistado, ese país tiene que ser absorbido y controlado de una manera implacable (...) donde llegaban los romanos, llegaban para quedarse” (Balsdon, 1970: 9). Aquél temor, infiere el autor, hacía de Roma una potencia que, a la hora de someter, lo hacía con una “falta de escrúpulos de extraordinaria dureza y crueldad” (Balsdon, 1970: 24).⁴²

De cara a esta noción de “llanísima brutalidad” romana como resultado del “temor”, y su diferenciación respecto de los “imperio por lucro”, uno percibe que los efectos del colonialismo europeo del siglo XIX (como el británico) aparecen “suavizados”. Esta inclinación parece observarse en referencia a uno de los aspectos materiales más evidentes del colonialismo británico: el pillaje.

...en lo que respecta a destrucciones y pillajes, los romanos produjeron muchos más estragos que los que iban a producir las épocas posteriores: destrucciones arbitrarias de la soldadesca brutal, peores todavía que las cometidas por los turcos, que convertirían el Partenón en polvorín; saqueos, peores todavía que los de los cruzados, los de los papas medievales, los de los conquistadores militares de los siglos XVIII y XIX o los de los viajeros millonarios de los países occidentales, cuyo botín llena ahora los grandes museos de Europa y América. (Balsdon, 1970: 35).

42 | Respecto de la conquista de las Galias por Julio César, Balsdon afirma que: “realizada de manera brillante y despiadada por un hombre genial, la conquista fue una empresa gratuita, una agresión imperialista del tipo más brutal. Se ha calculado que se dio muerte a una tercera parte de los galos en edad militar y que otra tercera fue hecha prisionera y vendida como esclavos. El botín que se tomó en el pillaje de los templos gálicos fue enorme” (Balsdon, 1970: 41).

Pero a pesar de estas diferencias, gracias a las cuales el autor trabaja una oposición que permite inferir una noción “suavizada” del imperialismo británico, existe para Balsdon una identificación singular entre ambos imperios: la idea de una “misión civilizadora” que se proyecta en la posibilidad de elevar al sometido a un estadio cultural superior:

Si se les hubiera preguntado [a los romanos] por qué, habrían replicado que ofrecían a los súbditos de las provincias algo mucho mejor que la independencia: la oportunidad de participar del gobierno de Roma y en el propio imperio romano... En eso, hubiera dicho un romano, estribaba el mérito de Roma: en tomar a un buen indígena y hacer de él un buen romano. (Balsdon, 1970: 9-10).

Para Balsdon, las “bondades” del imperio romano se encuentran ligadas al proceso de “romanización”. Un concepto que abraza sin cuestionar cuando ya se empezaban a sentir ciertas críticas,⁴³ y que asocia con la noción misma de “civilización”.

43 | De hecho, uno de los primeros en atacar el concepto de “romanización”, aunque tal vez desde una mirada “nacional británica” fue Sir Ronald Syme, quien lo califica de “feo” y “vulgar”, “anacrónico” y “confuso”: citado en Bancalari (2008: 199). Rostovtzeff, en relación a lo sucedido en Dalmacia, parece insinuar el mismo camino: “...la romanización a fondo de las ciudades y de los campos no entraba en los intereses del gobierno romano ...”: citado en Blázquez Martínez (1985: 566). Blázquez Martínez (1985) por otra parte prefiere hablar de “asimilación” o “aculturación”. Más actual, Andrew Wallace-Hadrill (2008) se refiere a un “modelo cardíaco”. Como corazón del Mediterráneo, Roma absorbe ideas y bienes del Helenismo, los cuales son reformulados por el espíritu romano y luego re-difundidos en Oriente y Occidente. De esta manera, Roma era al mismo tiempo una fuerza de “helenización” y un modo de “romanización” (citado en Spawforth 2012: 1-2). Completando esta interpretación, Spawforth (2012: 274), asume la idea de una yuxtaposición de elementos romanos y griegos para crear un “cimiento

Con “romanización” se refiere a un mundo unificado, comunicado y seguro; donde proliferan el comercio y las ideas; vertebrado por grandes obras de arquitectura e ingeniería; cohesionado por un derecho común, “humano, inteligente, siempre ponderado, corregido y adaptado”; la extensión de la educación y el estilo de vida municipal que, para Balsdon, no son otra cosa que el epítome de la vida civilizada (cf. Balsdon, 1970: 189-90).⁴⁴

En el Occidente, los romanos consideraron un noble deber suyo exterminar la barbarie y sustituirla por la civilización, entendiendo por «civilización» el tipo de vida romano, sobre todo la vida ciudadana por oposición a la vida tribal. Esta transformación, a su modo de ver, significaba el progreso, lo mismo que se cree hoy en día, al modo de ver moderno, lo que significa en África. (Balsdon, 1970: 170-1).

Como podemos observar, al reflexionar sobre las consecuencias del imperialismo romano sobre los pueblos conquistados, reaparece en Balsdon el antiguo paralelismo con el imperio

común” entre las élites occidentales y orientales.

44 | No obstante estos razonamientos, en algunos puntos se deja notar el espíritu crítico del autor impidiéndonos ver en él a un mero panegirista del imperialismo. Amén de los “beneficios” reportados, Balsdon pone de relieve, siguiendo aparentemente la pista de Tácito (*Agrícola* 21.2), algunos “gustos menos respetables”, que se transmiten a los provinciales como los baños y las cenas al estilo romano, que pese a ser rotulados como “civilización” (*humanitas*), eran de hecho una forma de alienación y, como consecuencia, de “esclavitud” (Balsdon, 1970: 171-2). De la misma manera, a lo largo de todo el texto deja entrever su preocupación por la corrupción romana en la administración imperial (Balsdon, 1970: 56-66; 156-7; 168).

británico. Este paralelismo encuentra su fundamento en el resabio de una cosmovisión que comprendía las sociedades humanas en términos binarios como “civilizados” o “bárbaros”. La noción positiva de “progreso”, asimilada al proceso de aculturación que da lugar al tránsito de la “vida tribal” (definida en vagos términos) a la “vida ciudadana”, es equiparada tanto en el caso de las poblaciones provinciales del imperio romano como en el contemporáneo caso africano. Según Balsdon, Roma introduce un nuevo concepto de imperio, en el cual, al igual que lo que, en su consideración, sucedía en el caso de las colonias afroasiáticas británicas, “los intereses de los gobernantes y los gobernados no sólo eran complementarios, sino idénticos” (Balsdon, 1970: 186-7).⁴⁵ En ello se puede intuir una mirada “nostálgica” de un imperio británico en declive. Una mirada en la cual, a la justificación económica ya mencionada sigue otra de orden moral, eurocéntrica y paternalista: llevar al colonizado una “civilización superior”; definida como tal en términos materiales y cívico-sociales:

...los colonizadores [europeos del siglo XIX] llevaron consigo una civilización superior que transmitieron a sus habitantes indígenas: derecho, educación, hospitales, técnicas de agricultura y de veterinaria. (Balsdon, 1970: 7).

Nos sería imposible asumir que Balsdon se encontraba efectivamente al tanto de los postulados de la naciente “Teoría

45 | Cf. Balsdon, 1970: 7: “...la potencia colonizadora (refiriéndose a las europeas del siglo XIX) entró en posesión de territorios ultramarinos, que llegó a administrar con funcionarios civiles suyos en el interés conjunto de los pueblos indígenas y de los colonos”.

Poscolonial”. Como sea, es evidente que él como gran parte de los clasicistas británicos, no se encontraban ajenos a sus estímulos. En cierta medida, su estudio etnográfico publicado de manera póstuma, *Romans and Aliens* (1979), puede conjeturarse como una respuesta a éstos.⁴⁶ Aparte de describir aspectos centrales de la mentalidad romana, este libro intentaba abordar también el punto de vista de los vencidos.⁴⁷ Pese a la dificultad de descubrirlo en las fuentes disponibles, fundamentalmente romanas, Balsdon destaca algunos aspectos que habrían provocado “mala prensa” entre los provinciales y foráneos: la ausencia de independencia, las levas militares, los impuestos y aquella arrogancia de los comandantes romanos que los griegos denostaban como *hyperêphania* (Balsdon, 1979: 163-71).

No obstante estos sentires “anti-romanos”, Balsdon aclara que no era lo mismo la consideración que el provincial sometido podía tener respecto de los romanos y sus expresiones de crueldad, que la que tenía respecto de su imperio. Todo ello, aparece como un aceptable “costo” de la “vida civilizada”:

46 | Un recorrido por la bibliografía nos permite observar que Balsdon estaba consubstanciado con una serie de trabajos contemporáneos que se ocupan de la cuestión del “otro” en el mundo antiguo: *Augustus and the Greek World* de Bowersock (1965); Sherwin-White (1967) *Racial prejudice in Imperial Rome*; Momigliano (1975) *Alien Wisdom: the limits of hellenisation*. El espíritu de estos estudios podría resumirse en el siguiente fragmento del Prefacio de la obra de Sherwin White (1967: vii): “Elegí este tema entre otros de mi interés porque en el pasado ha recibido un tratamiento muy desigual. A la *opinión* de los romanos sobre los bárbaros del norte se ha dado poca atención seria, mientras que más estudios se han dedicado a lo que los griegos pensaban de sus amos romanos; incluso el antisemitismo del imperio ha sido generalmente examinado desde el particular ángulo de las políticas alejandrinas y la historia de la Iglesia”.

47 | Ya en *Story of an Empire*, Balsdon bocetaba algunas cuestiones concernientes al punto de vista de los vencidos como su disgusto por los impuestos y sus anhelos, nunca apagados por completo, de independencia (cf. Balsdon, 1970: 171; 184).

Si los galos pensaban volver a los días de su independencia, ¿qué hubiera sido de su vida sino una sucesión de guerras tribales, guerras entre ellos y contra los germanos, guerras y rumores de guerra, temores de guerra? Toda aquella tensión estaba superada; en cambio la vida carecía de ansiedades y había una extensísima paz romana. (Balsdon, 1979: 169).

Como podemos observar, si bien el pago de impuestos, la ausencia de libertad y los abusos de la soldadesca resultaban duros desde el punto de vista de los vencidos, para sacar conclusiones nuestro autor se sirve de la otra cara de la moneda. Gracias a la dominación imperialista, las poblaciones autóctonas gozaban de una paz duradera e incursionaban en un estilo de vida “superior”, no “tribal”, que, en tono similar a los oxonienses de principio de siglo, Balsdon parece reconocer como “civilización”. Tal vez no deberíamos soslayar en este cierre que las dramáticas vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial hicieron de Balsdon y muchos académicos de su generación, eventualmente, funcionarios del imperio británico.⁴⁸

48 | Charlesworth (1895-1950) participó activamente reclutando talentos en Cambridge para el centro de descifradores de códigos en Blechtle Park. El neozelandés Sir R. Syme (1903-1989), trabajó como agregado de prensa en la Embajada Británica en Belgrado. En Diciembre de 1941, A. Sherwin-White (1911-1993) fue comisionado temporariamente como Sub-Teniente y trabajó en el Almirantazgo. Por su parte, desde 1939 y hasta el final de la Guerra, Balsdon trabajó en el Ministerio de Trabajo durante la gestión de Ernest Bevin.

Conclusión

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, la intelectualidad británica se encontró en medio de dos procesos que afectarían su producción, en particular historiográfica, y que en Oxford dieron forma a un clima particular. Por un lado, el imperialismo británico, que demandaba de su academia una ideología compatible con el fenómeno expansionista. En este sentido, el mencionado “paralelismo” establecido con el imperio romano y su pretendida “misión civilizadora” constituyó una parte sustancial de la cosmovisión de la élite (política e intelectual) británica. Este paralelismo vino a colaborar en la afirmación de aquella noción positivista que comprendía al mundo como una división entre “civilización” y “barbarie”. La “misión” de elevar al colonizado al rango de “civilizado” significaba para la dirigencia británica aquello que identificaban en el caso romano como “romanización”. En contrapartida, al tiempo que el imperio romano era aprovechado ideológicamente como una herramienta de legitimación, el propio contexto imperialista afectó seriamente la noción que en la universidad británica se tenía de aquél como objeto de estudio.

Por otro lado, junto con el siglo XX aparecía en el campo historiográfico un ajuste de la crítica hermenéutica de la documentación y la consolidación de la preceptiva metodológica que comenzaba a emanciparse del hermetismo positivista-historicista. Dueño de un vigoroso estilo narrativo y un sobrio tratamiento de la evidencia documental,⁴⁹ Balsdon representa una posición pendular entre ambos fenómenos. Perteneciente

49 | Aparte de su trayectoria, no podemos olvidar que bajo su presidencia en la *Society for the Promotion of Roman Studies* entre 1968 y 1971, apareció la importante publicación de estudios romano-británicos, *Britannia*.

a una generación de especialistas que, entre 1930 y 1940, revisaría toda la tradición sobre el Alto Imperio a partir de los nuevos criterios hermenéuticos, su trabajo, *The Emperor Gaius* (1934), resultó una contribución clave en este desarrollo. Con él, Balsdon participaba de una línea de investigación que se destacaría por brindar una renovada visión de la historia política del período.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el vertiginoso (y traumático) proceso de Descolonización operó un considerable impacto en la producción historiográfica. Un impacto del que Balsdon, como gran parte de la “vieja guardia oxoniense”, no permanecerían ajenos. Como hemos visto, sus trabajos relativos a la cuestión del imperialismo romano publicados entre 1969 y 1977 implicarían, además, una reflexión sobre el propio imperialismo británico en declive. Aquí reaparecería el antiguo “paralelo” con el imperialismo británico que pondría de manifiesto un resabio de aquella cosmovisión que comprendía al mundo en términos binarios. De la reutilización del lenguaje “civilizados-incivilizados” para explicar la realidad antigua y la contemporánea, parece brotar cierta mirada nostálgica del imperio británico, la era victoriana-eduardiana y su noción de lo que debía significar la “civilización”.⁵⁰ Se pone de manifiesto así una posición conservadora que repercute, a su vez, en su

50 | La propia reflexión de Balsdon sobre el complejo rol de las potencias colonizadoras en el proceso de Descolonización parece dar a entender con claridad esta posición: “La tarea no era fácil, y a menudo no tuvo éxito completo, porque lo que se estaba llevando a cabo, o al menos se trataba de lograr, era una revolución social: la sustitución de una especie de feudalismo, que personificaba en el jefe del consejo tribal tanto la ley como la religión (en la que se basaba la ley), por una organización democrática de tipo europeo occidental; una revolución que Europa tardó siglos en realizar, a menudo por medio de guerras intestinas e internas (...). La Historia, que es un sabio juez, apreciará la medida en que los sentimientos de una y otra parte eran razonables” (Balsdon, 1970: 8).

propia visión del imperio romano, que vuelve sobre aquellas nociones que en Oxford fueron diseñadas hacia fines del siglo XIX y que, paradójicamente, desde una perspectiva metodológica, la generación del propio Balsdon en las primeras décadas del siglo XX había parecido superar.